

## RESEÑAS DE LIBROS

NORMAN DANIEL, *Islam, Europe and Empire*. Edinburgh, University Press, 1966. xvii + 619 pp., 34 ils.

En la ya larga lista de obras consagradas al estudio del imperialismo occidental y el colonialismo, el libro de Norman Daniel resulta original porque trata de ser un intento de análisis histórico y psicológico del comportamiento de los occidentales, y más precisamente de los británicos y franceses, frente al mundo musulmán, a través de los gobernantes, administradores coloniales, y militares. En realidad, el análisis se apoya más en la evolución del sentimiento imperial británico que sobre el de los franceses.

En la Introducción, el autor muestra el nacimiento de una toma de posición antimusulmana desde la Edad Media, primero de carácter clerical y más tarde, a partir del siglo xvii, de carácter netamente político. En esta época, el desconocimiento del Islam condujo a su ridiculización, a la vez que un fundado temor de la expansión otomana en el siglo xvi acarrea la creación de toda una literatura panfletaria antiturca (que Norman Daniel no ha señalado). Sin embargo, se produce poco a poco una efectiva aproximación al mundo musulmán por parte de viajeros, científicos y orientistas. Podrían agregarse aquí los informes de los embajadores extranjeros (venecianos, franceses, ingleses) en Constantinopla, cuyo interés suele ser considerable. Aparecen entonces apreciaciones favorables al gobierno otomano (Cf. la obra de C. D. Rouillard, *The Turk in French History, Thought and Literature*), pero también imágenes fantasistas, nacidas de las traducciones de *Las Mil y Una Noches*, o aun críticas ridículas como las de Voltaire.

En el siglo xix, la acción de los románticos vuelve a honrar la idea de las Cruzadas, de lucha del Cristianismo contra el Islam, al mismo tiempo que las mujeres musulmanas o los esclavos son objeto de compasión (olvidando a los "negros" europeos). Son muy pocos los hombres que buscan entonces comprender verdaderamente el mundo musulmán, aunque aparecen en Gran Bretaña y Francia las primeras grandes traducciones de obras árabes.

En la parte titulada "Revolución e Imperio", N. Daniel acentúa primero la importancia primordial del período que va de la Revolución francesa a la guerra de independencia griega para la formación de conceptos y actitudes "imperiales". Poco a poco, el mito del Imperio sustituye al de las Cruzadas; la vieja concepción del derecho legal para gobernar un territorio es reemplazada por el derecho moral de civilizar a todo pueblo enajenado. Pero hay que

señalar varios puntos esenciales: si N. Daniel insiste con razón en ciertos factores que entonces eran evidentes, como la denuncia del despotismo turco, la debilidad de los otomanos (que constituía una invitación a la intervención), el interés acordado al mundo musulmán y más precisamente al Cercano Oriente árabe desde la expedición de Bonaparte a Egipto, y por fin la protección de la ruta de las Indias por los ingleses, en cambio minimiza considerablemente la importancia de la captación económica europea desde el siglo xvii, que es sin embargo una de las manifestaciones más notables de la expresión de la superioridad occidental. Ésta se manifiesta además en el siglo xviii dentro del Imperio Otomano por la demanda de técnicos y expertos extranjeros (N. Daniel olvida citar el caso de los renegados occidentales, algunos de los cuales —como Bonneval— desempeñaron un papel importante).

La expedición de Bonaparte, encarada primero dentro del marco de una política antibritánica, se convierte en una empresa de tipo libertador inspirada por la Revolución francesa: Bonaparte hace la guerra a los mamelucos opresores, pero trata de entenderse con los árabes a los que considera (de acuerdo con Volney) una nación y quiere constituir como nación. De ahí se expande la idea de que Egipto puede ser liberado de su esclavitud asiática y seguir la influencia europea. Por supuesto, esta "misión civilizadora" corresponde a Francia. De modo que ya es una óptica colonial, pero con la peculiaridad de que Bonaparte se sirvió de la religión musulmana, en vez de atacarla y destruirla con la intención de sostener a los cristianos. Los ingleses reaccionaron ante esta amenaza francesa con una concepción colonial: defensa de la ruta de las Indias, imposición de la supremacía británica en Irán y más tarde en el Golfo Pérsico y en Iraq. El Islam, otrora religión fuerte, comienza a sufrir la dominación de Europa y el viejo enemigo musulmán tiende a convertirse en súbdito, o por lo menos debe aceptar la influencia occidental que interviene en su país por su bien. El turco es considerado entonces por muchos europeos como opresor y retrógrado, y así se explica el apoyo brindado a los griegos. Pero no habría que olvidar en esta cuestión griega la lucha contra la influencia rusa y la expansión de las modernas ideas nacionalistas. En realidad, únicamente cuestiones de oportunismo político, y luego intereses económicos, podrán llevar a los occidentales a sostener a los otomanos en ciertas ocasiones.

En la parte titulada "Civilización cristiana", que es la más importante del libro, el autor pone de relieve en primer término el papel de las misiones cristianas, cuya acción —casi siempre esencialmente antimusulmana— fue apoyada por los gobiernos. Si existen algunas personalidades (por ejemplo, Edward Blyden) que

intentan mostrar el valor y el efecto positivo del Islam sobre los africanos, se trata de una excepción, porque para la inmensa mayoría de la gente el Islam se opone al progreso, y el cristianismo occidental, por el contrario, es el heredero de la historia y propagador de la civilización. Bajo la cubierta de su misión civilizadora, de su misión de paz, británicos y franceses emprenden acciones de represalia o de conquista que les permiten extender sus imperios o su influencia; así se explican las expediciones a Túnez o a Afganistán. Al mismo tiempo las potencias occidentales hacen presión sobre el gobierno otomano para que promulgue reformas destinadas a mejorar particularmente la situación de los cristianos minoritarios, pero también a favorecer la penetración occidental. Cuando surgieron incidentes graves, por ejemplo en Bulgaria en 1876, los occidentales, por antiturquismo y antiislamismo, se pusieron sistemáticamente de parte de los búlgaros, condenaron las atrocidades turcas, pero callaron las atrocidades búlgaras. Este mismo espíritu antiturco y antimusulmán llevó a las grandes potencias a repartirse los territorios otomanos: Túnez para Francia, Egipto y Sudán para Inglaterra, más tarde Tripolitania para Italia. Hubiéramos deseado que N. Daniel pusiera más a la luz esa alianza de las grandes potencias, que se extendió más ampliamente al conjunto del continente africano con la participación de Bélgica y Alemania. Con esta óptica "civilizadora", colonial e imperialista, los ingleses actuaron particularmente contra Arabi Bajá en Egipto (lord Cromer, por ejemplo, estima que Egipto tiene necesidad de orden y de un buen gobierno: hay que colocarlo el mayor tiempo posible bajo la tutela británica; la libertad vendrá más tarde) y contra el movimiento mahdista en el Sudán; hay que subrayar el desarrollo, en esta época, de una literatura "imperial" que celebra las hazañas de los ingleses y condena generalmente al Islam, cuya amenaza parece estar descartada por entonces.

En su conclusión, N. Daniel insiste nuevamente en los factores psicológicos, religiosos y políticos más que en los factores económicos. Según él, la idea de "misión civilizadora" nacida de la Revolución francesa ha sido el motor principal, que ha ocultado otras ambiciones. Pero mucho antes de la Revolución, ya operaba el espíritu de conquista colonial, desarrollado por la conciencia de la superioridad técnica de los occidentales sobre otros pueblos. Esto acarrió la creencia en una moral superior, y explica la denigración del Islam en el siglo XIX y la "buena conciencia" de los imperialistas franceses e ingleses.

Lamentamos que en este libro excelente el autor no haya hecho énfasis más que en ciertos aspectos de la expansión colonial, y no haya mostrado los bastidores políticos y económicos. Para no ha-

blar sino de las acciones francesas en ese terreno, la consulta de los libros de J. Ganiage sobre Túnez y J. L. Miegge sobre Marruecos le habría aportado elementos particularmente notables. Además habría sido conveniente dar más importancia por una parte a la acción emprendida por Mohammed Ali para modernizar Egipto (consecuencia directa de la expedición de Bonaparte) y por otra al papel de los modernistas musulmanes y cristianos súbditos del Imperio Otomano que para luchar mejor contra el imperialismo franco-inglés, trataron de adaptarse a las condiciones del mundo moderno.

A pesar de estas observaciones, se trata de un libro muy bueno, bien documentado en general, y que expresa sin apasionamiento un punto de vista sincero sobre esa fase histórica eminente que ha sido la expansión colonial.

ROBERT MANTRAN  
*Universidad de Aix-en-Provence*

*Documents from Islamic Chanceries. First Series (Oriental Studies III).* Ed. S. M. Stern. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1965. 254 pp.

Sólo utilizando la riqueza del material de archivos de la época pueden revivirse las cenizas de la historia del Islam medieval y completarse sus detalles. Los editores de la serie de Estudios Orientales han hecho un gran servicio a los estudiosos del Islam publicando esta primera colección de documentos de cancillerías islámicas. En general se ha mantenido un elevado nivel académico en toda la obra, y especialmente en las copiosas notas técnicas e históricas y las referencias a fuentes conexas.

Reseñar el presente volumen en detalle es una tarea formidable, salvo para el individuo excepcional que sea experto en árabe, turco otomano, persa y varias lenguas europeas, además de estar familiarizado con el amplio período histórico en cuestión. Como no puedo tener semejantes pretensiones, mis comentarios sobre las traducciones se limitarán sobre todo a las tomadas del árabe. He leído los documentos turcos e italianos, y sus traducciones parecen bastante exactas. Las traducciones del persa han sido cotejadas por mis colegas, los profesores G. M. Wickens y R. M. Savory, quienes me han permitido gentilmente incorporar sus notas en esta reseña. Trataré de los documentos árabes al final, invirtiendo el orden del texto.

Los siete documentos otomanos en turco, italiano y griego presentados por V. L. Ménage demuestran la riqueza de los materiales